El gran Miedo de 1789, en Francia

POR

D. JUAN DE LA CIERVA Y LOPEZ

El 1 de febrero de 1965, el autor del presente trabajo donó al Seminario de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Murcia una importante biblioteca de obras dedicadas al estudio de Napoleón. Con este motivo, pronunció una conferencia en el Paraninfo de la Universidad de Murcia, en acto presidido por el Excmo. Sr. Rector y las autoridades militares y civiles de Murcia. El artículo que sigue corresponde al texto de dicha conferencia

Son obligadas unas palabras, pocas, de introducción. Muchos de vosotros no me conocéis; sin embargo no soy un desconocido para la Universidad. Desde hace medio siglo he concentrado en la Universidad de Murcia mi cariño formado por los dos mayores y más puros afectos humanos: el amor filial y el amor paternal. Ésta Universidad ha sido para mí mi madre y mi hija. Entré en ella casi un niño y salí de ella casi un viejo. La serví aquí 19 años y en Madrid, en el Ministerio, directamente 10 ó 12 años más. Sin servicio directo, siempre; aún hoy estoy dispuesto a ofrendarle mi inutilidad.

Recuerdo aquella Universidad sin jefes normales, sin aulas propias, sin servicios suyos, sin capital ni renta, sin hombres con experiencia ni consejo, sin años. Hace poco nos dejó uno de ellos.

Sin años entonces (menos de 30). En medio de las luchas políticas, afable cariñoso, sereno (decían de él que era capaz de atravesar la Tra-

pería un domingo sin tropezar con nadie), con una honradez total de espíritu y conducta, fue el primer Rector.

Pasó con la Universidad desde las pobres y prestadas aulas del Instituto a este hermoso conjunto de edificios que la constituyen actualmente.

Aquel hombre a quien la Universidad le es deudora (aparte su ejemplar labor docente) de muchas cosas que él y yo sabemos. A don José Loustau, que Dios tenga en su gloria, la Universidad de Murcia le debe gratitud perdurable.

Cuando pensaba en este acto, pensaba con alegría que estaría conmigo, como entonces. Hoy tengo que empezar con nota de tristeza. Con la pena de una amistad rota por la muerte, tras una vigencia de casi 50 años sin una mancha que la enturbie, sin una nube que la empañe, constante, firme, sin baches, vencedora del tiempo y del espacio. Es mi única triste satisfacción rendirle el emocionado homenaje de mi dolor.

Yo en mi puesto, a sus órdenes, como a las del Comisario Vicente Llovera y breve tiempo a las de Recaredo Fernández de Velasco, hice lo que pude como profesor y como secretario general y como administrador de su patrimonio y de su Colegio Mayor hasta primero de Junio de 1934, si no con acierto, con deseos de acertar. Pero es que en esos años, nuestra Universidad de casi no ser nada, llegó a ser algo y aún algos, llegó a realizar el sueño de los que la obtuvieron, de aquellos murcianos, Diputados a Cortes y Senadores, que representaban a Murcia, sus tierras y sus hombres, y bajo la dirección de los hermanos Cierva Peñafiel pidieron, lucharon y consiguieron que volviera a funcionar la vieja escuela murciana. Debo mencionar los nombres de Joaquín Payá, José Maestre, Emilio Díez de Revenga, García Varo, Angel Guirao y Joaquín García como homenaje a su esfuerzo. Si se me perdió algún nombre es sólo falta de memoria.

Desde primero de Junio de 1934, ya en el Ministerio, hasta el 15 de marzo de 1958, en que me jubilé, mi trato con la Universidad y con Murcia fue constante y directo, salvo un poco tiempo en que estuve al frente de la Sección de Escuelas Especiales. Desde las Secciones de Universidades, de Edificios y Obras y Construcciones Escolares, tuve la suerte de poder dedicar parte de mi trabajo a su servicio, a las órdenes de varios Ministros, de los cuales, a don José Ibáñez Martín y don Joaquín Ruiz Jiménez, deben mucho la Universidad y Murcia. Conste así.

De los cuadros de mando de aquellos tiempos, Rectores, Decanos, de aquellos tiempos heroicos en que hubo de hacerse de la nada lo que hoy existe, quedamos pocos, poquísimos. Por mi parte y mientras viva, he de hacer por esta Universidad, hija, nieta y biznieta de anteriores, todo lo que pueda aunque no sea mucho.

El año 1902 entraba yo en Madrid, con mis 14 años recién cumplidos a estudiar el preparatorio de la Facultad de Derecho: Literatura, Lógica e

Historia de España. Catedráticos: Mudarra, Fajarnés y el paisano Ortega y Rubio. Mi bagaje cultural (aparte el necesario para ser Bachiller un estudiante mediano), el libro de Forneron sobre Felipe II, las obras de Julio Verne, poesías, muchos poesías, pues el catedrático de Retórica del Instituto y primer Comisario Regio de la Universidad, don Andrés Baquero, se pasaba el curso leyéndonos versos, con lo que lograba despertar en nosotros, sus discípulos, la curiosidad por los poetas, y la Historia de la Revolución Francesa de Thiers, con el hermoso prólogo de Emilio Castelar.

* * *

Las repetidas lecturas de la obra de Thiers despertaron en mí la curiosidad por un acontecimiento, la Revolución, y por un hombre, Napoleón. Esta curiosidad, infantil entonces, perdura todavía en mí, que sigo leyendo cuanto puedo sobre Bonaparte y su antecedente cronológico.

Se ha escrito muchísimo sobre ellos y creo que se ha de escribir más. Como acontecimiento político, la Revolución no tiene agotado el tema. Según Carlyle, pasarán siglos antes de que en el mundo ocurran hechos de parecidos resultados. Entre los puntos de vista de Aulard y los de Cochin y sus seguidores, hay abismos de juicio. Estos con sus antecedentes de Taine y el abate Barruel y aquél con su tesis de las circunstancias y explosión popular, que son la defensa republicana, sostienen posiciones opuestas. Desde Cochin, los historiadores de la Revolución francesa han agrandado el campo de estudio y han investigado a fondo en muchos aspectos. No se han limitado al camino trillado anteriormente. No se han conformado con opiniones oficialmente establecidas, ni con la admisión incondicional del conocimiento de las fuentes de tipo oficial (prensa jacobina, disposiciones legales revolucionarias y archivos oficiales de toda clase). Contando con el hermoso trabajo de Taine, fundado en fuentes privadas (correspondencia y memorias) y con la maravillosa intuición del abate Barruel, que se apoya en la actuación de las sociedades secretas anticristianas y escribe en plena vorágine, el pensamiento inspirador del acontecimiento histórico fue cambiando y agrandándose. Ya no se conforma el conocimiento con las afirmaciones dogmáticas del abuso de las clases altas, ni con la explosión popular, ni con la tesis de las circunstancias, ni con la creación y actuación del enorme y fatídico personaje, el pueblo, que hace pigmeos a los grandes hombres revolucionarios, desde Mirabeau a Marat. Cochin ha preguntado valientemente, ¿quién es y qué es el pueblo? Se ha estudiado más a fondo la génesis revolucionaria y con Taine se ha creído en un hecho psicológico (el alma del jacobino) y con Cochin últimamente, con sus sociedades de pensamiento (hablar, hablar), en un fenómeno sociológico, con el minucioso estudio de las causas, preparación

y advenimiento de la revolución. Se ha estudiado detenidamente la democracia directa como fenómeno social y Ostrogorsky ha puesto de relieve su verdadero valor, con su concienzudo estudio sobre los partidos políticos exponiendo la falsedad de su eficacia moral...

A través de mis lecturas, me he encontrado con un acontecimiento desarrollado en unos días, poco conocido y poco estudiado y, sin embargo, de consecuencias totales para la revolución espiritual iniciada antes de 1789. Acontecimiento social del que no conozco otro antecedente en la historia que el levantamiento de Masaniello. Estos hechos los llaman, los pocos historiadores que lo han tratado especialmente, «El gran Miedo». ¿Por qué es tan poco conocido y tan poco estudiado este breve período, de tan enormes consecuencias?

En pocos días, desde finales de Julio a mediados de Agosto de 1789, en toda Francia, desde Bélgica a los Pirineos y desde Suiza a Burdeos, se extiende el rumor de una invasión. Los españoles, los lombardos, los alemanes, los ingleses, iban a atacar por todas sus fronteras a Francia. Y por todas partes los pueblos pacíficos iban a sufrir el ataque de los bandidos, de los brigantes.

Francia entera siente miedo. El gran Miedo. Nadie ha visto ni a los españoles, ni a los ingleses, ni a los lombardos, ni a los alemanes, ni a los bandidos. Pero es igual. Como reguero de pólvora se extiende de París a toda la periferia francesa la noticia. Por todas las carreteras, correos con caballos a galope, la van dando de pueblo en pueblo. ¡Que vienen! ¡Que llegan! ¡Que matan, que roban, que violan! Y suenan las campanas de rebato y la gente se arremolina y se reunen los pueblos en Consejo... Algún historiador observa que todo este temeroso torbellino se produce a la vez en toda Francia, en los mismos días, con las mismas consignas, las mismas palabras y la misma tenebrosa consecuencia. Naturalmente, los pueblos todos de Francia tienen que defender sus vidas, su honor y su hacienda de los atacantes y para ello el mejor modo, el único modo es el armarse, armar al pueblo. Y en esta tarea es ayudado el pueblo por altos y bajos. Por futuros déspotas y tiranos y por futuras víctimas. Y los nuevos armados batallones y milicias, toman posiciones en las afueras de los pueblos y hay centinelas y vigías en los altos y hasta se abren fosos y trincheras... Pero resulta que no llega nadie, que españoles, ingleses, brigantes, etc., se desvanecen sin aparecer, que los correos de caballos a galope se los tragó la tierra... Pero ha quedado algo: el pueblo está armado y empieza a pensar que para algo. Y este algo va a ser dirigido también, con unánimes consignas, hacia el desarrollo de la tragedia revolucionaria, con los castillos y granjas convertidas en teas, la falta de respeto a personas y derechos. La sociedad francesa empezó a sufrir la revolución en

las personas, pagando con ello el haber alentado durante muchos años la revolución en los espíritus... pues la locura rige la hora.

Carlyle ha visto bien el período preliminar revolucionario. Meses antes se han reunido los Notables. Ha sido una explosión de elocuencia que al retirarse descubre «horrorosos abismos mejores para quedar olvidados», pasando de ser fuente de justicia a fuente de revuelta. Francia, hablando por folletos al unísono, llega a la invitación al caos en los Estados generales, hasta imponer la «democracia omnipotente, que actúa no sólo con argumentos, sino con ladrillazos».

Pero el caso es que a principios de agosto de 1789, el pueblo francés está armado y dispuesto a actuar. Por aquellos días del Gran Miedo, camina por Francia un caballero inglés. Es un hombre acaudalado, fino, flemático, metódico, versado en economía, admirador de la naturaleza y entusiasta de la Agricultura, en plan, en aquella época, de transformación. El objeto de su viaje es el estudio de la agricultura francesa y todas sus correrías, incidentes, venturas y contrariedades las va apuntando en su diario, libro hoy muy raro, que titula «Viajes por Francia durante los años de 1787-88-89 y 90. Emprendido especialmente para enterarse del estado de la Agricultura, de la riqueza, de los recursos y de la propiedad de esta Nación». Lleva muchas cartas presentándole y recomendándole a altas personas francesas que le han servido bien en años anteriores, pero en este de 1789 le han de servir de poco, pues no es un año corriente en Francia. ¡Pobre viajero inglés! No sabes cuánto el destino te tiene reservado en ese mundo francés, ya en ascuas. Vas a ir de sorpresa en sorpresa. Tu serenidad inglesa, se ha de convertir y no una sola vez, en la iracundia más meridional. Contra viento y marea, aspiras a seguir viendo y estudiando los campos franceses. A pesar de todo tu valor, tus medios y tu tozudez británica, no has de terminar tu tarea. Pero en tu diario expones cosas estimables y aleccionadoras, y de lo más interesantes.

Vamos a hojear un poco tu diario del día 21 de julio al 15 de agosto de 1.789. Cuidadosamente anota cuanto pasa y ve y hasta las leguas que anda cada día. El 21 de julio llega a Estrasburgo y entrega sus cartas de presentación, hablando con gentes sensatas e inteligentes sobre la Revolución. En la posada se entera de la rebelión de París: Que los Guardias franceses fraternizan con el Pueblo; que se duda de la fidelidad del Ejército; que la Bastilla ha sido tomada y saqueada, en una palabra; que el Gobierno ha sido absolutamente volteado (culoté); que Lyon, el Delfinado y Bretaña están en armas. El buen inglés se sorprende, no sólo de estos hechos, sino sobre todo de la poca importancia que se les da. ¡Todavía has de tener mayores sorpresas!

El día 25 en Befort, el 26 en Lille, anota violentas conmociones. Por primera vez le preguntan ¿Por qué no lleva la cocarda?

El 27 en Besançon y Nesoul anota cosas más graves: el populacho roba, incendia, destruye sin saber por qué. Montes y castillos robados, mujeres violadas, títulos de propiedad quemados. Estos horrores no los sufren sólo la clase alta, son un furor ciego inspirado por el amor al pillaje. Le indican que sin pasaporte no le va a ser fácil su viaje. Busca al funcionario encargado de la expedición de los pasaportes, un tal Mr. Bellamy, que no parece muy afectuoso y se lo niega. Discute, hace ver su condición de inglés, pierde la calma, se indigna, llega a amenazar. ¡De poco le va a servir todo! Ni aun el tener razón. Para Mr. Bellamy, que no se altera, todo inútil. No hay pasaporte. Mr. Young escribe colérico en su diario: «no me gustan ni las maneras ni el aire de estas gentes» y sigue su camino.

El 1 de agosto habla con Mr. Marveau, célebre químico, para el que lleva cartas de presentación. Resulta que de Langrés a Gray y en Autun, el sesenta por ciento de los castillos han sido asaltados, que por todas partes se habla de los brigantes, pero nadie los ha visto. Se indigna por segunda vez (no será la última) y anota en Moulins «en la Asamblea hay hombres violentos que adquieren importancia con el desorden público».

Y en Roya sigue anotando «por todas partes el pueblo cree en las cosas más imposibles, absurdas y groseras».

Sigue de sorpresa en sorpresa: no entiende por qué las propuestas del Rey son tan mal recibidas; por qué el pueblo rechaza con frenesí toda idea de armonía; por qué los cohetes y petardos que valen 51 sueldos, se venden en los comercios a 12; por qué tiene que estar el pueblo en fermentación continua, esperando órdenes para actuar.

Reflexiona y escribe que los Comunes, rechazando obstinadamente toda idea de concordia, pueden lograr que la posteridad les maldiga. Cosa que a los Comunes les tiene sin cuidado. Entiende que lo que se pretende como perfecto es dudoso en su origen, peligroso en sus progresos y quimérico en sus fines. Le parece el colmo de la imprudencia y la quinta esencia de la locura lo que piensan los nobles y curas. Le parece increíble que mientras la prensa revolucionaria vomitaba escritos incendiarios, no se utilizaran buenos escritores que contestaran. No comprende lo que pasa, cuando la vida en Francia es la mitad más barata que en Inglaterra. Sobre esto ha hecho sus comprobaciones en Metz: por comida y cena y buen vino, 36 sueldos al día: por pensión completa 3 libras y 11 sueldos...

En adelante va a hacer reflexiones no siempre gratas. Recuerda que en Estrasburgo se asaltaban las casas y se arrojaban a la calle muebles, libros, cuadros y cuanto era arrojable, ante la tranquila indiferencia de un Ejército lo menos militar posible. Nota y no comprende que entre el pueblo actuante vayan gentes bien vestidas. Escribe: «Aunque el Arcángel San Gabriel bajara del cielo y tratara de convencerles, sería inútil. Un foragido habla y cien mil locos creen».

Siguen sus malaventuras. En un lugarejo le preguntan por qué no lleva la cocarda, cuando el tercer Estado lo ha mandado. «Si no eres un señor debes obedecer». Tiene la mala ocurrencia de decir algo de lo que se arrepentirá: «Pero supongamos que yo fuera un señor, ¿qué pasaría, amigos míos». La respuesta, a pesar de su flema inglesa y de ocurrir en julio, lo dejó helado: «Que seríais colgado, cosa que probablemente merecéis». No se declaró caballero y se colocó la cocarda. Vuelve a tener que ponerse la cocarda en Lille y aun hacer más. A su pesar tiene que dar vivas al tercer Estado.

No va siendo agradable el estudio de la agricultura francesa.

Se leen en su diario cosas como éstas que demuestran su estado de espíritu no muy sereno: «es prodigioso que la nobleza se deje degollar como corderos, sin defenderse a pesar de disponer de 150.000 soldados. Si 100.000 nobles se unieran y encuadraran en regimientos... al no unirse perecerán».

Sigue caballero Young tu camino hasta desaparecer de Francia, no propicia por ahora a viajes de estudios agrícolas. La Revolución habrá de hacer otros viajes de grandeza discutida y no siempre agradables y su marcha dará lugar a la gesta de Metz, donde Bouillé hará, según Carlyle, cuanto pudiera hacer el más valiente de los generales. Se habrá de pedir la imposición de la tiranía de la libertad para lo cual hace falta guillotinar 200.000 cabezas. Llegará a alturas de gloria con otras gestas de otros generales y bajará a honduras de abominación. Será amada y aborrecida, ensalzada y vilipendiada y siguiendo un trágico camino cruento, derribará envuelta en lodo, un 10 de agosto, a la secular Monarquía francesa, sólo defendida por pundonor militar, por unos pocos soldados, a cuya destrucción asistió desde una ventana un hombre pequeño, moreno y fuerte como un olivo, no incapaz para juzgar negocios de guerra, que se llamaba Napoleón Bonaparte y que afirma que si los suizos hubieran tenido un jefe, hubieran vencido al pueblo insurgente.

Pero la Revolución había de cumplir su ciclo. Había de vencer y ser vencida, había de destruirse a sí misma y derramar la sangre de sus creadores y seguir su camino hasta caer en las manos de ese militar, testigo del 10 de agosto, glorioso general vencedor unos años después: Bonaparte, al que han llamado el hijo de la Revolución y el que también habrá de seguir su camino, realizando cosas no corrientes, hasta su fin.

Young ha sido un testigo de hechos trágicos, que relata y no comprende. Asiste objetivamente, escribe lo que ve: por eso es un testigo no recusable. Nos deja unas pruebas de lo que fue, pero no el por qué pasaron. No es él sólo el que no entiende lo que ve, ni puede explicarlo.

Hasta nosotros nadie lo ha explicado suficientemente. No se ha podido o no se ha querido explicar. Y es lástima, pues merecía la pena.

Pedro Conard escribe un libro «El miedo en el Delfinado» (julio-agosto de 1789) en el que detalladamente anota cuanto pasó en esos días, finales de julio y primeros de agosto, en el Departamento, pero tampoco le encuentran explicación... No es sencillo explicar lo inexplicable, sobre todo si no se quiere admitir una hipótesis. Como Young, lo anota todo. Primero, el rumor de que los pueblos iban a ser atacados por fuerzas no existentes. Los pueblos se lo creen y se arman inmediatamente; como a voz de consigna empiezan los desórdenes. Al principio se les llama brigantes al rumor. Después a las bandas de incendiarios y ladrones armados contra el rumor. Se predica el saqueo por gentes desconocidas. Un tabernero de Nivolas declara que tuvo por huésped dos días a un forastero con un alfabeto en cobre para hacer pancartas con molde y repartirlas.

El 29 y el 30 de julio, casi todas las comunidades de las dos orillas del río Boubre están en pleno desorden. En el Norte de la provincia es donde se nota la presencia de extranjeros; predomina mayor bestialidad.

Con verdadero fervor se queman los castillos y grandes casas de los nobles y de los no nobles. Se destruyen los títulos de propiedad. Son asaltados por gentes de la tierra, armados horas antes contra los brigantes. Ahora, brigantes ellos. En algunos sitios hubo que soltar los presos. No olvidemos que se empezaba a luchar por la libertad. Algunas de estas bandas, no militares, se sienten castrenses y van con método y sangre fría en columnas, acompañándose marcialmente de tambor y fifre. Este ardor militar les va a durar exactamente el tiempo que tarden en encontrar soldados no propicios.

Nobles y oficiales, ante aquel terremoto, dudan y temen, aunque dudar y temer no debe ser su oficio. En cambio, el pueblo con armas, toma conciencia de su fuerza, pues hay que aprovechar la Revolución que comienza.

Sin autoridad se puede vivir, en desorden no. Los burgueses han de ir reaccionando por ahora. Se van formando partidos del orden.

En 3 de agosto, el Ayuntamiento de Grenoble denuncia a los traidores que seducen a los campesinos. Se van formando Comisiones de defensa, que conjuran a los ciudadanos a que abandonen a incendiarios y saqueadores. Se trata de que verdaderos patriotas vayan con las tropas del Rey a restablecer el orden, que todavía puede restablecerse.

También en Lyon se aprestan a defender lo que sea defendible y mientras pueda defenderse, que tiempo ha de llegar que no se pueda defender nada. Marchan de Lyon dragones reales y voluntarios patriotas a combatir a los brigantes voluntarios. Estos estiman que pelear contra tropas es distinto y más peligroso que quemar castillos y destruir muebles y papeles no defendidos y se observa que en todas partes donde los brigantes

son combatidos por fuerzas organizadas del orden, éste se restablece rápidamente. ¡Aprovechad gentes del orden que no siempre ha de ser así!

En tanto, van llegando a París noticias de lo pasado en provincias. En París hay y funciona una Asamblea en plan de democratizar todo lo democratizable y aún lo que no lo sea. Se llama monárquica y cree que tiene por misión hacer la felicidad de Francia y del mundo, si no ella, quien le suceda.

Queda perpleja la Asamblea. Ante todo, el 4 de agosto, acuerda suprimir los derechos feudales y sacrificar los órdenes privilegiados, ayudada por el mayor suicidio colectivo conocido. Con ello se da al tercer Estado más que pedía, quedando no muy contentas la Iglesia y la nobleza y consolidando así lo que parecía el propósito del Gran Miedo y que consiguió al armarse el pueblo, desapareciendo derechos y bienes.

Estamos en el prólogo de la Revolución ante el primer hecho colectivo revolucionario. Y no se ha investigado lo bastante.

En la Asamblea, la mayoría no se daba cuenta de a dónde se iba y muchos de los asambleístas no llegaron a comprenderlo ni aún cuando subían los escalones de la guillotina. De buena fe creyeron que se trataba de ligeros motines fácilmente reprimibles.

Había dos caminos: olvidar o castigar. Ingenuamente la Asamblea eligió el segundo. Claro que había motivos para castigar pillajes, incendios y destrucciones. En el acta del 10 de agosto consta que «hay que remontar hasta la fuente de los desórdenes y castigar ejemplarmente a los jefes de los complots». El presidente Clermont-Tonnerre declama: «Hay que descubrir el plan y complot que agitó todo el reino y descubrir a los autores», cosa que no va a ser fácil.

A fin de agosto está detenida la devastación, pero parece que consiguió su objeto y no se comprende cómo había comenzado.

Se nombran Comisiones, se ordenan gestiones e investigaciones, se inician procesos, que no han de dar luz. Se ordena también que se redacte una Memoria sobre la marcha de los brigantes, que no había de redactarse jamás.

Comienzan a actuar las Comisiones y procesos. Había una primera cuestión a poner en claro, que no salió nunca de la oscuridad: ¿Quién corrió la voz y dio la alarma? Imposible saberlo. No se descubre nada. Miles y miles de declaraciones de testigos. Nada. Los más dicen que oyeron y creyeron los rumores y los propagaron.

¿Por qué no se redactó la Memoria ordenada? Un misterio más de este proceso misterioso. Se llegó a una conclusión, no muy satisfactoria: Ha habido un pánico nacido casi por azar, agrandado por la imaginación popular. Al pánico siguió el levantamiento general por la impaciencia del pueblo porque desapareciera el régimen feudal.

Se ha querido explicar el Gran Miedo desde distintos puntos de vista. Uno, cómodo, por la explosión espontánea del pueblo. Otro, por una conspiración aristocrática. El General Baron de Marbot, que fue organizada y dirigida por el Ministerio; otros, en fin, por una organización revolucionaria hacia sus fines y para facilitar el paso a cambios trascendentales. Por eso se le llamó por algunos, el prólogo de la Revolución, porque el pueblo, una ver armado, no dió un paso atrás, ni se calmó por la represión y la presencia de fuerzas militares, ni pagó rentas, ni reconoció derechos y organizándose en Comités y guardias nacionales armados, fueron los agentes y fuerzas de la Revolución.

Desde luego fue, espontáneo o no espontáneo, un movimiento popular de lo más fértil en consecuencias revolucionarias. Sería de lo más interesante el estudio cronológico de la corriente del paso del gran Miedo.

Conard duda en determinar su génesis. Sólo cree, lo superficialmente claro, que una noticia que pudo tener en su origen algún fundamento se transmitió de provincia a provincia y de pueblo a pueblo y que al paso de esa noticia fue seguida de la devastación.

No dedica mucho espacio Thiers al Gran Miedo. Habla de que salen de pronto correos que anuncian la llegada de los forajidos (brigantes) que talan y destrozan las mieses en sazón y en pocos días Francia entera está sobre las armas. Estima que fue una estratagema para armar la Nación y generalizar la Revolución. Se atribuyó a todos los partidos, pero el único que obtuvo resultado y provecho fue el popular.

La génesis del Gran Miedo se desconoce. No está estudiada a fondo y merece la pena por sus consecuencias. Quizá lo hubiera podido hacer la Comisión Investigadora, pero no pudo o no quiso o no la dejaron hacer. Hay veces que no es conveniente la verdad.

Pasado este primer acto revolucionario, la Revolución debe seguir su curso no alegre.

Se le fijan por Cochín tres etapas para desenvolverse progresivamente. Ha de pasar desde las Sociedades de Pensamiento a la democracia absoluta.

Cada etapa tiene una meta de nombre glorioso: Verdad, Libertad, Justicia. ¡Casi nada! ¡Prepárate Francia a gozar de la felicidad que te va a proporcionar la Revolución!

Para obtener la Verdad, ha de actuar sobre el pensamiento; para conseguir la Libertad, sobra voluntad; para imponer la Justicia, sobre los bienes. No se tiene que obtener todo de una vez. Hay que ir por etapas, que el círculo interior director no tiene prisa y ya empezó su trabajo hace medio siglo, con su campaña contra el Infame (el Divino Jesús).

Se une la filosofía con la enciclopedia y el libre pensamiento para llegar a la Verdad (primera etapa). Su trabajo se da por terminado en 1789, ya preparada la Revolución. En la segunda etapa, la Libertad: de la es-

peculación pura se pasa a la política. Cronológicamente se cumple de 1789 a 1793. En la tercera (Justicia) se da el triunfo del Estado revolucionario (1793-1794). Es el gobierno directo por el pueblo soberano. Es el hombre esclavo de la Sociedad.

La Revolución tiene como fin socializarlo todo: la inteligencia, la voluntad, los bienes materiales. Hay que transformar al hombre personal y moral por el hombre socializado. Una ficha, una figura abstracta. Y hay que tener en cuenta que para las masas, la libertad y la soberanía real, es sólo un ideal ofrecido, pero al que no se llega nunca.

Lo mismo en una democracia pura que en un régimen autoritario, el poder está en manos de unos cuantos y la masa obedece y trabaja.

Es curioso comparar la Revolución de Francia con su antecesora la inglesa. Son antogónicas. Habla de ellas Cochin en sus libros, desgraciadamente sin ultimar. Los términos, las palabras pueden ser parecidas, pero el espíritu y las consecuencias son opuestas. En la inglesa se llega a la Carta como un convenio entre dos potencias. No tiene apetencias universales. No pretende beneficiar al género humano. Es la conquista de comerciantes y agricultores ingleses y su libertad responde a un estado real, no sólo ideal.

En Francia había muchas libertades, muchas cartas constitucionales que son privilegios conquistados o comprados y su Revolución trae la idea nueva: la libertad como derecho absoluto, fundándola en un principio. Es obra de los filósofos, no de comerciantes. El movimiento inglés da razones; el francés habla en nombre de la razón.

Es indudable que Francia aparece con unidad de ideas. Obra por explosiones unánimes, pero es curioso y no comprensible que esa unanimidad cambie tantas veces unánimemente, es decir en bloque.

Desde la nobleza filosófica cuyo fin es destruir la autoridad en nombre de la libertad, hasta los sanculóticos no lavados de 1793, Francia está unánime contra el Ministerio en 1778: con el Ministerio en 1798; es constitucional en 1790: se siente orleanista en 1791; es republicana federal en 1792, y republicana unitaria (una e indivisible) en 1793.

Y para lograr estos cambios de sistema se invocan siempre las mismas palabras, los mismos grandes principios. Y prodigiosamente con el mismo éxito.

Para defender la patria y la libertad en peligro, para imponer la ley, se llama al patriotismo para que triunfe la voluntad del pueblo.

Las mismas palabras, las mismas, han servido para establecer primero y destruir después los diversos sistemas desde 1788 a 1794. Los aliados de hoy se escinden y son los rabiosos enemigos de mañana. ¡Los que ejercen el poder tienen que temblar por lo que rápidamente viene detrás de ellos y contra ellos! Porque lo que viene contra ellos es la guillotina. Ni más ni

menos. Y así pasan los de la legislativa; los girondinos y la montaña se parte y siguen los carniceros y los ya no carniceros de Danton y los puros de Roberpierre. Pasar, pasar, que espera aquel oficial de artillería, no grande de cuerpo, testigo del 10 de agosto y a quien la Providencia destina para grandes cosas, incluso para el sufrimiento.

¿Por qué será ésto? ¿Qué explicación pueden tener estos cambios unánimes del pueblo? ¿No será que el verdadero pueblo no interviene? ¿No será que la opinión unánime no es la del pueblo sino la de las Sociedades organizadas?

El joven y belicoso Saint-Just afirma y es oido que la voluntad general no debe ser la de la mayoría, sino la de los patriotas puros que tienen que ser los encargados de enseñar e iluminar a la Nación sobre sus verdaderos deseos y su felicidad. Y a Saint-Just le siguen gregariamente todos los puros. Y aún hoy, esta maravillosa teoría política no deja de tener adeptos.

Por todos aquellos tiempos vemos, no sin zozobra, que hay una sociedad madre, la de los jacobinos de París, el templo de los puros, que se encarga de transmitir a los cientos y cientos de sociedades hijas de toda Francia las consignas a seguir. ¡Y ay de quien se resista!

Como cerebro de los puros define y administra los principios a que han de seguir las sucesivas doctrinas y por órdenes a raja tabla impone su ejecución.

Las doctrinas son para la Sociedad madres temporales y contingentes y el buen y puro patriota debe estar dispuesto a cambiar la actual doctrina por la venidera y seguir en el cambio ciegamente a su Sociedad. Por eso vemos qué diferente es el pensamiento de la Revolución en 1789 al del 10 de agosto y al del 31 de mayo.

Y es asombroso ver que de punta a punta de la Revolución, en aquella verdadera lucha de titanes por las ruinas que produjeron, no hay hombres de altura hasta Napoleón. No tuvo un Cronwell. Son hombres, vulgares por debajo de su papel. Sostiene Cochin que Mirabeau no tiene la talla de su gloria, ni Robespierre de su poder, ni Fouquier de sus crímenes. Son esclavos de su tragedia, no dirigen, son dirigidos por el tremendo personaje creado por ellos mismos, el pueblo.

Y así fue pasando en altos y bajos la Revolución. El enigma revolucionario no puede explicarse por historias de la defensa republicana (explosión espontánea), ni por la psicología del jacobino (perversidad individual en actos inauditos), sino por la sociología del fenómeno democrático.

Se afirma que la Revolución francesa ha sido totalmente investigada y que su estudio está completamente terminado, que no quedan en ella secretos por descubrir. Quizás. Después de la obra de Aulard: «Historia Política de la Revolución francesa», queda poco por decir; pero sólo desde

un punto de vista; del de la Defensa Republicana. Este magnífico libro tiene un fin que cumplir y lo cumple. Se propone probar una teoría y la prueba. Es un documento.

Aulard se atiene a la defensa de los principios de la Revolución y a su fachada. En la Revolución, para salvar al pueblo ideal se guillotina al pueblo real: para salvar la libertad de principio se pone a su servicio la tiranía de hecho. Esto es la Revolución. El la defiende tal como es, pero prescinde de cuanto no conviene a su tesis. Hace abstracción de lo que realmente pasa y sus fuentes son las actas de las Sociedades, Acuerdos de Comités, Leyes, Decretos y Ordenes de Organismos oficiales, prensa revolucionaria... todo oficial.

No es el primer historiador de la defensa republicana, pero sí su autor más significado, quizás el que emplea más métodos científicos e, indudablemente, el Maestro de la ortodoxia jacobina.

Pero como además de la historia de la defensa, hay direcciones que descubren otros horizontes, entre ellos y parece que con alguna importancia, el de la historia real y verdad, yo creo que todavía los investigadores tienen cosas que descubrir y decir. En este camino hay tres hitos que marcan una dirección. Primero el Abate Barruel que escribe y publica en plena erupción de volcán, en la última década del 700, como un león dando zarpazos, alguno de los cuales alcanza a un joven general victorioso, no muy conocido todavía y que se llama Bonaparte.

No se equivoca en lo que escribe, pero no puede explicar suficientemente lo que percibe. Comienza por el final. Sus escritos proféticos podrían ser firmados en 1964. Tan actuales son.

Segundo, Taine. Es el historiador de los hechos. Estudia e investiga lo que pasa: las actuaciones de los hombres, de los seres reales.

Rompe con la tradición histórica revolucionaria que tenía un ídolo, el pueblo, y rompe en pedazos el fetiche. Es, por tanto, un sacrílego para los historiadores de la otra orilla.

El vio el enorme y trágico problema de la Revolución, pero no acertó a comprenderlo.

Tercero, Cochin. Aportó a la historia revolucionaria nuevas teorías e interesantísimas investigaciones. Su gloriosa muerte privó a la ciencia histórica de reales soluciones. Pero abrió amplio camino a la investigación que ya nuevos historiadores siguen. Cuando, siguendo su ejemplo, se hayan escrito libros sobre todos los Departametnos de Francia como el suyo: «Las Sociedades de Pensamiento y la Revolución en Bretaña», se habrá adelantado mucho en el estudio de la Revolución.

En el camino que jalonan estos tres hitos queda, a mi no docto juicio, mucho por hacer.

Termino mi breve visita a la Universidad.

De sus paredes docentes, llenas de la emoción de vuestra vida estudiantil, vuelvo a las frías y secas de la jubilada vejez.

Me despido con un consejo: Estudiar con todo afán, pero no toméis el estudio y la ciencia como fin en sí mismo, que es soberbia satánica, sino como medio. Como medio que os sirva de arma para luchar en la vida y os prepare para responder ante Dios de vuestras acciones.

Y además, estudiantes, estad siempre dispuestos, como los héroes a que se refieren esos libros que os entrego, a morir por la patria. Por nuestra madre España.